

LIBRO TREINTA Y UNO.

Diplomacia de Dumouriez.—Westermann.—El amigo del pueblo.—Brissot intenta oponerse á los facciosos.—Louvet.—Su retrato.—Acusa á Robespierre.—Aja á Marat.—Respuesta de Robespierre.—Barère.—Fabre d'Eglantine.—Carta confidencial de Vergniaud.—Foufrefre.—Los partidos se disputan la popularidad.

I

Aquél era el momento en que Dumouriez saboreaba el triunfo en Paris, y en que todos los partidos se disputaban el honor de arrastrar hácia sí al salvador de la república. Dumouriez, con la gracia marcial de su exterior, de su carácter y de su talento, se prestaba á todos y no se entregaba á ninguno. Dejaba esperar á cada uno de los jefes de las facciones que su espada se inclinaria de su lado, interesábase así en su gloria, y se aseguró, por su ascendiente en los consejos, los hombres, las armas, las municiones, los subsidios y la confianza de que tenia necesidad para preparar sus conquistas. El tacto diplomático que habia adquirido tratando ántes con las facciones de los confederados en Polonia, le hizo fácil el manejo de las facciones revolucionarias en Paris. Su genio jugaba con las intrigas, y el hilo de su ambicion, mezclado en todas sin perderse en ninguna, le daba una probabilidad en la trama de todos los partidos. Sólo Marat le perseguia con sus amenazas y con sus acusaciones anticipadas. Su instinto le revelaba en Dumouriez un traidor ántes que la traicion.

Por su parte Dumouriez despreciaba á Marat, pero éste desafiaba el favor público de que Dumouriez estaba rodeado, y se adheria, como los insultadores pagados de Roma, á los pasos del triunfador. El general habia hecho desarmar y castigar un batallon republicano por haber degollado los emigrados prisioneros de guerra en Rethel. Un tal Palloy, arquitecto, era teniente coronel de este batallon, y habia tomado parte en los excesos de los soldados. Destituido por Beurnonville, lugarteniente y amigo de Dumouriez, Palloy vino á quejarse á Paris.

Era éste un hombre que en todo ponía su nombre para hacerle sonar. Habia hecho una industria del entusiasmo, demoliendo la Bastilla y vendiendo las piezas de aquella fortaleza á los patriotas como reliquias y despojos del despotismo. Era amigo de Marat, el cual se encargó de su causa, é hizo nombrar por los jacobinos una comision de averiguacion, compuesta de Bentabolle, gritador de los clubs, de Montaut, aristócrata de sangre que rescataba su nacimiento por su exaltacion demagógica, y de él mismo, para examinar aquel negocio, reprender á Dumouriez y vengar á Palloy.

Habiendo rehusado recibirlos el general, Marat y sus dos colegas hostigaron á Dumouriez hasta en medio de una fiesta triunfal que madama Simons-Candeille, amiga de Vergniaud y de los girondinos, daba al vencedor de Valmy. Marat, interrumpiendo bruscamente la fiesta en el momento que la música y el baile entusiasmaban á todos los convidados, entre los que se hallaba Danton, se acercó á Dumouriez y le interpeló, con el tono de un juez que pregunta á un acusado, sobre



Sieyes.

los excesos de poder que se le atribuian respecto de patriotas probados. Dumouriez no se dignó responder; pero dirigiendo una mirada de curiosidad y de desprecio sobre la persona y traje de Marat, le dijo con un acento y una sonrisa de insolencia militar: «¡Ah! ¿Sois vos el que se llama Marat? Nada tengo que decir». Y le volvió la espalda. Marat se retiró lleno de rabia, en medio de las risas y de los cuchicheos de sus enemigos. Al dia siguiente se vengaba en el diario republicano que redactaba entónces.

«¿No es humillante para los legisladores—escribia—ir á buscar á casa de las cortesanas al generalísimo de la república, y hallarle allí rodeado de ayudantes de campo dignos de él; uno, Westermann, capaz de cualquier crimen, con tal que se le paguen; el otro, Saint-Georges, espadachin honorario del duque de Orleans?»

Louvet y Gorsas le contestaron en el mismo tono en los diarios girondinos, *El Centinela* y *El Correo de los Departamentos*. «Como está probado que la nación te mira como reptil venenoso, como un maniático sanguinario, —le dijo irónicamente Gorsas,— continúa amotinando el pueblo contra la Convencion, continúa diciendo que es necesario que los diputados sean apedreados y las leyes hechas á golpes, continúa pidiendo que las tribunas se acerquen más al centro del salon, para que el pueblo tenga á los representantes más cerca. Cuando los diputados, á excepcion de diez ó doce de tus satélites, sean inmolados, tu pueblo irá á casa de los ministros que tú no hayas escogido, sobre todo á la de Roland que se negó á darte los fondos de la república para pagar y distribuir tus venenos; á casa de todos los periodistas, á la de todos los moderados que no han aplaudido los asesinatos de 2 y 3 de Setiembre. De este modo Paris se gobernará por todo lo que en él hay de impuro. ¡Qué alegría para tí, Marat, ver correr la sangre por las calles! ¡Qué delicioso espectáculo verlas cubiertas de cadáveres, de miembros esparcidos y de entrañas palpitantes aún! ¡Y qué gozo para tu alma bañarte en la sangre caliente de tus enemigos, y colorear las páginas de tus diarios con la relacion de esas gloriosas expediciones! ¡Puñales, puñales, mi amigo Marat! ¡Pero las teas, las teas también! Me parece que descuidaste demasiado este último medio del crimen. Es necesario que la sangre se mezcle con las cenizas. *El fuego de alegría de la matanza es el incendio*. Este era el parecer de Masaniello, y éste debe ser el tuyo.»

Mientras que los escritores girondinos, subvencionados por Roland é inspirados por su mujer, hollaban de este modo el nombre de Marat con el sangriento ridículo de sus propias teorías, los soldados de Dumouriez que daban la guarnicion á Paris, y sobre todo la caballería, tomaban partido por su general, é insultaban al feroz demagogo en todas partes donde le encontraban. Colgaron su efigie en el Palacio Real, y una banda de marseleses y de dragones, acuartelados en la Escuela militar, desfilaron juntos por la calle de los Franciscanos y se detuvieron debajo de las ventanas del *amigo del pueblo*, pidiendo su cabeza y las de los diputados de Paris, y amenazando poner fuego á su casa. Marat, temblando, se refugió de nuevo en su subterráneo.

Un día que se determinó á salir, escoltado por algunos hombres del pueblo que fijaban sus anuncios en las esquinas, le encontró Westermann en el Puente Nuevo. Westermann, hombre violento, indignado por los ultrajes que Marat le prodigaba todos los días en su periódico, cogió al *amigo del pueblo* por un brazo y le dió unos cuantos sablazos de plano sobre las espaldas. El pueblo, á quien el uniforme alucina y la audacia intimida, dejó cobardemente martirizar á su tribuno. La accion de Westermann alentó los sarcasmos de Louvet. «Pueblo,—escribió al día siguiente este jóven periodista en el gabinete de Roland,—pueblo, voy á referirte un apólogo extraño, pero que te hará palpar la demencia de tu amigo Marat. Suponiendo que un pelo de mi barba tuviese la facultad de hablar y me dijese: «Corta tu brazo derecho porque ha defendido tu vida, corta tu brazo izquierdo porque ha llevado el pan á tu boca, corta tu cabeza porque ha dirigido tus miembros, corta tus piernas porque han llevado tu cuerpo», díme ahora, pueblo soberano, si no sería mejor que yo hubiese guardado mis brazos, mis piernas y mi cabeza, y cortar sólo mi barba que me daba tan absurdos consejos. Marat es el pelo de

la barba de la república, y dice: «Matad á los generales, que hacen salir los enemigos de la república; matad á la Convencion, que dirige el imperio; matad á los ministros, que hacen marchar al gobierno; matadlo todo, ménos á mí». El miserable sabe bien que sólo puede ser grande quedando solo.»

No sin fundamento, Marat por su parte acusó á los girondinos de que fomentaban los motines en Paris, para hallar en estos mismos la ocasion de una reaccion contra la municipalidad. Un destacamento de emigrados prisioneros de guerra atravesó en efecto Paris á mediodía, precedido de un trompeta tocando marcha y escoltado sólo por algunos soldados, como para provocar la emocion y la venganza de los arrabales. Más de veinte mil hombres de tropa de línea ó de federados de los departamentos fueron reunidos bajo diferentes pretextos en Paris ó en el campamento inmediato. Los enganches patrióticos continuaron en la ciudad, y purgaron la capital de más de diez mil proletarios, licenciados de la sedicion, que marchaban para la frontera. La municipalidad dió cuenta, no de la sangre vertida, sino de los prisioneros y de los despojos que habia acumulado en las cárceles y en sus depósitos desde el 10 de Agosto. Además de las víctimas de aquel día y de los ocho ó diez mil detenidos que los asesinos de Setiembre habian inmolado en las cárceles, mil y quinientos prisioneros nuevos por crimen de contrarevolucion habian sido sentados en los registros de las diferentes cárceles de Paris. De este número la municipalidad sola habia decretado el arresto arbitrario de cerca de cuatrocientos. Las cárceles de los departamentos no eran suficientes para contener los presos, y todas las ciudades convertian antiguos monasterios en cárceles.

Se reorganizó la municipalidad de Paris, y las elecciones para nombrar un alcalde atestiguaron la inmensa mayoría del partido del orden en las secciones, cuando no las intimidaban los agitadores que las dominaban. Petion, representante del partido moderado y amigo de Roland, obtuvo catorce mil votos; Antonelle, Billaud-Varennes, Marat y Robespierre, candidatos de los Jacobinos, no obtuvieron más que un insignificante número de sufragios. Petion, sin embargo, declaró en una carta á sus conciudadanos que, llamado á la Convencion nacional, creia deber obedecer á la nacion, y que no queria acumular dos cargos incompatibles.

Expulsado de los Jacobinos, Brissot atacó la sociedad madre de Paris en una alocucion á todas las de Francia. Su epígrafe, tomado de Salustio, recordaba los tiempos más desesperados de Roma. *¿Quiénes son los que quieren sujetar la república? Hombres de sangre y de rapiña. Lo que es union entre los buenos ciudadanos, es faccion entre los perversos*. «La intriga—decia Brissot—me hizo borrar de la lista de los jacobinos de Paris; voy á quitarles la máscara, y diré lo que son y lo que meditan. Caerá esta supersticion por la sociedad madre, de la que disponen algunos malvados para apoderarse de Francia. ¿Quereis conocer á esos desorganizadores? Leed á Marat, escuchad á Robespierre, Collot-d'Herbois y Chabot en la tribuna de los Jacobinos, ved los anuncios que manchan las esquinas de Paris, hojead los registros de proscripcion del comité de vigilancia de la municipalidad, removed los cadáveres del 2 de Setiembre, recordad las predicaciones de los apóstoles del asesinato en los departamentos. ¡Y se me acusa porque yo tengo fe en este partido! Acusad, pues, á la Convencion que los juzga, á Francia entera que los detesta, á Europa que deplora ver manchada por ellos la más

santa de las revoluciones. ¡Me llaman faccioso! Yo pertenezco á aquella faccion que queria la república, y que fué durante mucho tiempo compuesta sólo de Pe-tion, de Buzot y de mí. Hé ahí la faccion de Brissot, la faccion de la Gironda, la faccion nacional de los que quieren el orden y la seguridad de las personas... No conoceis á aquellos que calumniais por pertenecer á una faccion. Guadet tiene el alma demasiado altiva. Vergniaud lleva demasiado adelante esa indiferencia del genio, que se fia á sus fuerzas y que marcha sola. Ducos tiene demasiado talento y es demasiado probo. Gensonné piensa bastante profundamente por sí mismo para someter su parecer á un jefe. ¡Me acusan de haber calumniado el 2 de Setiembre! Decid más bien que el 2 de Setiembre ha calumniado la revolucion del 10 de Agosto, con la cual querríais confundirle. El uno es el más bello dia, el otro el más execrable de nuestros fastos; pero la verdad alumbrará este dia. Todos los satélites de Sylva no murieron en su lecho. ¿Y dónde estaban el 10 de Agosto nuestros calumniadores? Marat suplicaba á Barbaroux que le condujese á Marsella. Robespierre queria separar de su casa el comité de insurreccion que habia en la de Antoine, por temor de ser acusado de complicidad con los conspiradores de la república. Los otros se ocultaban de las balas, miéntras aquella tímida faccion de la Gironda triunfaba por ellos. Esos Merlin, esos Chabot, ¿dónde estaban entónces? Ese Collot, que llamaba á los reyes soles radiantes de gloria, ¿dónde estaba? Sólo les faltó valor para subir al tribunado el 2 de Setiembre sobre los cadáveres de Roland, de Guadet, de Vergniaud y sobre el mio. ¡Me acusan de federalismo! Escuchad: en el tiempo en que Robespierre, que no era republicano, se defendia, en sus discursos del 14 de Julio de 1791, de las sospéchas de republicanismo, yo confesaba la república, la república unitaria, y yo me burlaba del sueño insensato que tratase de hacer en Francia ochenta y tres repúblicas confederadas. Acabar de vencer, derribar los tronos, instruir los pueblos en conquistar y en conservar su libertad: ved nuestra obra. Europa tiene la vista fija en la Convencion. La impunidad del 2 de Setiembre ha separado á Europa de nuestros principios. Que se levante, que se presente á los ojos de Francia el malvado que pueda decir: «Yo he mandado esos asesinatos, yo he inmolado con mis manos treinta ó cuarenta de esas víctimas»; que se levante, y si la tierra no se abre para tragar tal monstruo, si Francia le recompensase en lugar de exterminarle, sería preciso huir al fin del universo y pedir al cielo anonadase hasta el recuerdo de nuestra revolucion. Me equivoco, sería necesario ir á Marsella, porque Marsella ha borrado el horror del 2 de Setiembre. Cincuenta y tres individuos detenidos allí por el pueblo han sido juzgados por el tribunal popular, y absueltos. El pueblo no ha asesinado; él mismo ejecutó su sentencia: abrió las cárceles, abrazó á los desgraciados que gemian en ellas, y los ha conducido á sus casas. ¡Ved ahí los verdaderos republicanos!... ¿Los calumniadores guardarán ahora silencio?»

II

Arrastrado Brissot hasta el 10 de Agosto por la lógica de sus principios republicanos, presentaba despues de la conquista de la república una fuerza de resistencia á las facciones igual á la fuerza de impulsión que habia comunicado hasta entónces á la opinion de los hombres libres. La ambición de que le habian acu-

sado durante dos años, se desvaneció á los ojos de las personas imparciales. Su proselitismo no era el de un ambicioso, era el de un apóstol; no afectaba ni la influencia ni el imperio, dedicándose sólo á moderar y regularizar la victoria. Tan filósofo como político, no creia en la libertad sin honradez, y queria dar por base á la república la moral y la justicia. Extraño al poder, puras sus manos de toda sangre y de todo despojo, tan pobre despues de tres años de revolucion como el



L. Saurce.

dia que habia empezado á combatir por aquella causa, vivia desde hacia cinco años en un cuarto piso, casi desamueblado, en medio de sus libros y de las cunas de sus hijos. Todo en este asilo, todo manifestaba la medianía, casi la indigencia. Despues de las tormentas del dia y de las fatigas del trabajo que le daba su periódico, volvía á pié por la noche á ver á su mujer y á sus tiernos niños, que vivian en una pobre casa de Saint-Cloud. Los alimentaba con su trabajo, como un obrero del pensamiento. Sin aquella elocuencia exterior que se enciende con el fuego de las discusiones y que brota en gestos y en acentos, dejaba la tribuna á Vergniaud, habiéndose él creado una tribuna con su periódico, en el que luchaba todas las mañanas con Camilo, Robespierre y Marat. Sus artículos eran discursos, y se ofrecia voluntariamente al odio y á los puñales de los jacobinos. Ya habia hecho el

sacrificio de su vida, y se inmolaba á la pureza de la república. Merecia la injuria del apodo de *hombre de Estado* que le daban sus enemigos. Era hombre de Estado, en efecto, por lo profundo de sus pensamientos, por el conocimiento de la historia, por la extension del plan y por la energía de la voluntad. Si hubiese tenido la palabra de Vergniaud ó la espada de Dumouriez, hubiera podido dar un gobierno á la república al día siguiente de su advenimiento.

Mas la naturaleza le habia creado para agitar ideas mejor que hombres. Su cuerpo pequeño y delgado, su rostro meditabundo y grave, la palidez y el ascetismo de sus facciones, la severidad melancólica de su fisonomía, no le permitian difundir fuera la llama antigua que ardia dentro. En la Convencion tenia más influencia que accion; inspiraba y no agitaba, y tenia necesidad del silencio y de la soledad de su gabinete para entusiasmarse. Su pensamiento era como el fuego de esas lámparas que sólo brillan entre paredes, porque las ráfagas del aire libre les hacen vacilar y apagarse; pero volvía á encontrar toda su intrepidez en el recogimiento, donde Vergniaud y Gensonné concurrían todas las noches á ilustrarse con su genio.

Tal era la irritacion entre los partidos y los hombres cuando Brissot, Condorcet, Vergniaud y sus amigos decidieron á Roland á que llevase á la Convencion su informe sobre el estado de Paris. En él se ofrecia abiertamente el combate á las facciones, y fué leído en la sesion del 29 de Octubre. Escuchado favorablemente por la mayoría, intimidó á Marat, á Robespierre y hasta Danton, inspirando confianza á los girondinos. Los federados de los departamentos se presentaron al día siguiente en la barra, y pidieron que la Asamblea reprimiese á los agitadores de Paris é hiciese prevalecer el gobierno nacional sobre la usurpacion de algunos malvados, y despues se diseminaron por los lugares públicos pidiendo á grandes gritos las cabezas de Marat, de Robespierre y de Danton. Legendre denunció aquellos atentados de los amigos de la Gironda en la sesion del 3 de Noviembre. Benta-bólle refirió que la víspera, pasando seiscientos dragones sable en mano por el baluarte, habian amenazado á los ciudadanos y gritado: *¡Nada de proceso al rey, sino la cabeza de Robespierre!*

Bazire denunció en los Jacobinos al partido de Brissot como únicamente ocupado en asegurarse el mando. Robespierre el jóven delató á Roland por haber hecho imprimir á cuenta del Estado la acusacion de Louvet contra su hermano, y por haberla hecho distribuir en los departamentos. «Ciudadanos, — dice Saint-Just, —no sé qué golpe se prepara; todo está en fermentacion en Paris. En el momento en que se trata de juzgar al rey y de perder á Robespierre, es cuando se llaman tantas tropas á la capital. La influencia de los ministros es tal, que desde que aparecen en la Convencion, sus deseos se convierten en leyes. Se proponen decretos de acusacion contra los representantes del pueblo, y Barbaroux propone juzgar al pueblo soberano. ¿Qué gobierno es el que quiere plantar el árbol de la libertad sobre los cadalsos? ¡Denunciemos á la nacion todos estos traidores!»

III

Robespierre, entre tanto, hacía ya algunos días que no se presentaba ni en la Convencion ni en los Jacobinos. Humillado por la superioridad de Marat y de Dan-

ton en la primera lucha que tuvo que sostener con ellos contra los girondinos, esperaba retirado el momento de volver á granjearse la estimacion del pueblo y la admiracion de las tribunas. Una caida oratoria le era mucho más sensible que una caida de poder. Sus enemigos no tardaron en proporcionarle la ocasion de volver á colocarse en el punto en que él queria presentarse al pueblo.

«Pido la palabra para acusar á Robespierre», — dijo inopinadamente el temerario Louvet. «Y yo tambien me presento de nuevo para acusarle», — continuó Barbaroux. Notábase en su impaciencia que la acusacion estaba pronta, y que sólo espiaban un momento favorable. «Escuchad á mis acusadores», — respondió Robespierre con frialdad. Louvet y Barbaroux ya se disputaban la tribuna, cuando Danton se abalanzó para interponerse por última vez. «Es ya tiempo que conozcamos, — dijo Danton, —es tiempo que sepamos de quién somos colegas; es tiempo de que los nuestros sepan lo que deben pensar de nosotros. En la Asamblea existen gérmenes de desconfianza mutua, y es necesario que cesen. Si entre nosotros hay un culpable, es preciso que se le castigue. Yo declaro á la Convencion, á la nacion entera, que no quiero al individuo Marat; hice la experiencia de su carácter, y no sólo es acerbo y volcánico, sino insociable. Despues de este parecer, séame permitido decir que yo tambien estoy sin partido y sin faccion. Si alguno puede probarme que yo pertenezco á una faccion, que me confunda al momento. Si, por el contrario, es verdad que mi pensamiento es mio, que estoy firmemente decidido á morir ántes que ser la causa de un trastorno en la república, que se me conceda enunciarle todo entero sobre nuestra situacion actual. Sin duda es muy bueno que un sentimiento de humanidad haga deplorar al ministro del Interior las desgracias irreparables de una gran revolucion. Pero ¿se hizo estallar nunca un trono sin que sus fragmentos hiriesen á algunos ciudadanos? ¿Se hizo nunca una revolucion completa sin que esta vasta demolicion del orden de cosas existentes haya sido funesta á alguno? ¿Deben imputarse á la ciudad de Paris los desastres que, no lo niego, fueron quizá el efecto de las venganzas particulares, pero que es más probable fuesen la consecuencia de aquella conmocion general, de aquella fiebre nacional, cuyos milagros admirará la posteridad? El ministro Roland ha cedido á un resentimiento que yo respeto, sin duda; pero su amor apasionado al orden y á las leyes le hizo ver bajo la apariencia de faccion y complot de Estado lo que sólo es la reunion de pequeñas y miserables intrigas, cuyo objeto excede los medios. Penetraos de esta verdad, no puede existir faccion en una república. ¿Y dónde están esos hombres que se nos presentan como conjurados y como pretendientes á la dictadura y al triunvirato? Que se los nombre. Yo declaro que aquellos que hablan de la faccion de Robespierre son para mí todos hombres prevenidos ó malos ciudadanos.»

Habian sido acogidas las primeras palabras de Danton con un favor que la franqueza de su actitud y la varonil energía de su palabra inspiraban en torno suyo. Negando á Marat, daba una prenda de reconciliacion con los girondinos. Sus últimas palabras espiraron en medio de los murmullos. Danton cubria á Robespierre, á quien se deseaba herir. Buzot pidió desdeñosamente que Robespierre se dirigiese á los tribunales si se creia calumniado por Roland. Robespierre le interrumpió y se lanzó á la tribuna. «Pido — dice Rebecqui — que un individuo no ejerza aquí el despotismo de la palabra que ejerce en otras partes.» Robespierre insistió en vano.